

¿Por qué a los niños no les gusta leer?

por Miguel Ávila Febrero*



El autor del artículo es maestro de Primaria y también escritor de cuentos para niños y jóvenes. Como muchos otros, en sus clases intenta fomentar el gusto por la lectura y la escritura. Y aunque no ha encontrado la fórmula mágica para convertir a sus alumnos en lectores empedernidos, sí que sabe, por experiencia y sentido común, que hay actitudes, modos,

actividades que resultan totalmente contraproducentes a la hora de animar a los niños a leer. Como lectores, tienen derechos, y hay que respetarlos. Sobre todo ello reflexiona en las líneas que siguen.

Creo que no soy el único que, una y mil veces, me lo he preguntado. Sin embargo, pienso que habría que ir más allá: ¿por qué a los niños no les apetece leer?

Llevo a cabo un ejercicio imaginativo y me meto en la piel de Manolo, un niño de 7 años. Estatura media, deportista —no excesivamente hábil, aunque eso sí, lo que se dice un fajador nato—. Inteligencia: normal. Aficiones, pues las de todos los de mi clase: el deporte, los dibujos animados, los huevos fritos con patatas (McKein, por supuesto, que soy un hombre de mi tiempo) y zurrar de vez a cuando a Antoñito, el típico empollón-gafotas-amigo-del-mismo-enemigo-de-todos.

Historia de un desencuentro

Son las seis de la tarde. Tras una dura jornada escolar que acabó hace tan sólo una hora, he merendado mi Bollicao (parezco un hombre anuncio, pero lo hago sin previo contrato publicitario, ni ánimo de lucro) y abro la boca inconscientemente mientras veo los dibujos de la *tele*. El bueno de la serie está en el fragor de la batalla en la lucha contra el Mal. Llevan un buen rato devolviéndose golpes, a cual más fuerte y sanguinolento... de hecho, creo que fue hace cuatro capítulos cuando comenzaron a luchar.

En ese momento, como un estallido de cristales, resuena en mis tímpanos la voz de mi madre:

—¡Manolo! ¡Venga, deja los dibujos! ¡A hacer los deberes!

—Mamá —replico—. Hoy no tengo deberes: los he acabado todos en clase.

—¿Ah, sí? Pues entonces tienes que leer. El profesor ha dicho que tienes que leer todos los días quince minutos.

Mientras pronuncia estas irrefutables palabras, apaga el televisor, sin darme opción a negociar una solución democrática.

«Tienes que leer». Insensatas palabras. Acabamos de crear un abismo entre la diversión y la lectura, entre la letra y el dibujo animado, entre la persona y el libro. La lectura se convierte entonces en algo tedioso, en algo que *hay que hacer*. Y si encima, el niño tiene alguna dificultad lectora, de comprensión, de flui-

dez, de aprendizaje... entonces, apaga y vámonos.

El tiempo corre demasiado despacio. ¿Ya? ¿Ya han pasado los quince minutos? ¿Cuánto me queda? ¡Pero si ya he leído una página! Parece que ha ocurrido algo apenas perceptible junto a él, y el chico levanta la vista del libro una y otra vez. Cuando vuelve a retomar la lectura no se acuerda de lo leído. No tiene sentido. Las frases son trozos de cuerda sueltos que se unen en bastos nudos faltos de toda belleza estética. Y pasan los años y la lectura deja de ser algo obligatorio académicamente. Alguna que otra vez la madre soltará un «tendrías que leer algo». Pero las palabras caen, huecas, al suelo y, una vez allí, se desparraman por la habitación hasta evaporarse instantes después.

Nunca se produjo un *encuentro* del niño con el libro. Nunca buscó en él un mundo distinto lleno de posibilidades, un lugar donde la imaginación suplió aquello que con las palabras no se puede decir, sólo susurrar. Nunca encontró lo que los adultos le quisieron hacer ver. Aquello que, sin ellos saberlo, no se podía enseñar.

Debieron poner al niño frente al libro, presentarles, dejarles solos para que se conocieran y hablaran. Sin embargo, lejos de eso —y quizá de modo inconsciente—, los enfrentaron, lograron que entre ambos saltaran chispas y se dieran la espalda para proseguir cada uno su camino.

Enseñar jugando

Mil cercanos recuerdos me vienen a la mente. Mil rostros de niños embobados con el cuento que, sentados en el suelo alrededor de mi silla, escuchaban. Las preguntas se sucedían después vertiginosamente. Alguno que otro fruncía el ceño al comprobar que la ilustración del libro no se correspondía con la imagen mental que se habían hecho del protagonista. Y su imaginación vagaba, tendiendo minúsculos brazos a uno y otro lado, para evitar que los altos muros de lo real, de lo políticamente correcto, de lo consensuadamente acordado, la asfixiasen.

¿Quién no ha sido niño? ¿Quién —incluso con edad avanzada— no ha vuelto



EL LIBRO DE LOS RECUERDOS, EDICIONES B, 1998.

a experimentar estas sensaciones escuchando algún relato? Es entonces cuando se nos muestra el verdadero sentido de los libros, de la letra impresa que, de pronto, cobra vida.

De ahí la importancia de poner al niño frente al libro. Tendríamos que intentar, especialmente los maestros (auténticos *gurús* de la animación lectora), facilitar esto. Mi experiencia con niños me dice que necesitan estar todo el día jugando porque son pura actividad en continuo estado de ebullición. Y todo, o casi todo, se puede enseñar jugando.

El niño debe coger un libro y dejarlo al instante para coger otro y volverlo a dejar. Pasar página tras página, sin fijarse más que en las ilustraciones. El niño debe poder devolver un libro cuando no le ha gustado y coger ese otro que un compañero de clase —gran amigo suyo— acaba de leer y le ha gustado. Debe alegrarse con la elección del libro porque el maestro le ha dicho: «¡Uf! Este libro es buenísimo». Debe conseguir, como *premio* por haber hecho pronto los deberes, tener un rato para leer. Debe ser conducido, como quien no quiere la cosa, por la sección de libros de cualquier tienda. Los Reyes Magos, Papá Noel, el ratoncito Pérez, el día de su cumpleaños... o Rita la Cantaora, deben traerle algún libro bueno que le pueda gustar a él (no a nosotros, ni a la mayoría de los niños), en vez del Tamagochi, del Action Man o de la muñeca que recita como un papagayo las mejores recetas de Arguiñano en castellano y en euskera.

Y debe protestar cuando, tras un buen rato leyendo, su madre le quita el libro de las manos «porque hay que acostarse». Debe comprobar que, lo que acaba de leer, no dice simplemente lo que él ha entendido en un primer momento. Que aquello que le pasó al perro peludo y algo corto de patas tiene mucho que ver con lo que a él le ocurrió hace una semana. Que la niña de pelo rojizo y abundantes pecas no tenía que haber hecho eso, sino aquello otro que estaba aún mejor. Que el autor menciona eso en el libro porque piensa que es así, cuando en realidad está equivocado porque...

¡Vaya! ¡Qué distinto es todo cuando se ve de este modo! Sin embargo, nadie acaba de encontrar la piedra filosofal, la fórmula mágica, la solución a nuestros



EL LIBRO DE LOS RECUERDOS, EDICIONES B, 1998.

problemas. Esto, como las recetas de la abuela, no siempre funciona con todo el mundo. Pero tampoco creo que sea mal camino. Además, no todo está perdido cuando se llega a una cierta edad, como se suele pensar. He conocido muchos casos de gente que ha empezado a leer... bueno, que ha retomado la lectura (seamos positivos) bastantes años después, porque alguien le animó a hacerlo y además acertó aconsejándole un libro.

De todos modos, pienso que el problema no está siempre en los niños, sino en nuestra adulta capacidad conformista de arrojar la toalla demasiado pronto

(antes, quizá, de haber comenzado el combate). ¡Claro que cuesta! ¿Y qué, que merezca realmente la pena, no cuesta? Como dice un proverbio chino: «El camino más largo empieza por un paso».

Y, por si además somos capaces de actuar con visión de futuro, con mentalidad amplia, ahí va otro proverbio (chino, cómo no): «Si piensas en estaciones, siembra cereales. Si piensas en años, planta árboles. Si piensas en siglos, educa niños». ¡Ánimo! ■

*Miguel Ávila Febrero es profesor de Educación Primaria en el colegio Tajamar de Madrid.